

CITY COURT HOUSE





TRUDY HUSKAMP PETERSON

Archivos y justicia: una perspectiva sudafricana.

Reseña

Verne Harris es un hombre enfadado. Suele enfadarse por los temas adecuados, y efectivamente está enfadado: por los gobiernos, por las políticas de acceso, por la literatura archivística y por el estado general de la profesión archivística.

Archivero, escritor de novelas y columnista sudafricano, Harris comenzó a trabajar en los archivos en 1985 y llegó a convertirse en subdirector de los archivos nacionales. Abandonó los archivos nacionales en la primavera de 2001 para convertirse en director del Archivo de la Historia Sudafricana, una organización no gubernamental que promueve la libre información de forma similar al Archivo de Seguridad Nacional en EE.UU. En junio de 2004 pasó a formar parte de la Fundación Nelson Mandela como director de proyectos del Centro para la Memoria Nelson Mandela.

La foto de la portada y el título del libro pueden dar lugar a equívocos. En portada aparecen Harris y Nelson Mandela, lo que nos lleva a presuponer que se incluirá algún debate sobre el legado archivístico de Mandela o al menos algo sobre Mandela y los archivos. Pues no. El título, *Archivos y Justicia: Una Perspectiva Sudafricana* nos sugiere que los ensayos tratarán sobre cómo los documentos administrativos y los archivos sirven para promover los derechos humanos, sobre

Trudy Huskamp Peterson
Consulting archivist

Reseña del libro: Harris, Verne. *Archives and Justice: A South African Perspective*. Prólogo de Terry Cook. Chicago: Society of American Archivists, 2007. 476 págs., ISBN 13: 978-1931666183. Publicado originalmente en inglés en *Journal of Archival Organizations* 6, Nos. 1-2, 2008.

Traducción de Verónica Fernández de Cabo

ejemplos de justicia plasmados en documentos y (en el sentido más amplio) sobre el justo tratamiento de individuos tal y como se espera de un asunto archivístico. Pues tampoco. Como el propio Harris describe, “justicia” en el título “expresa mi creencia de que el contexto de poder en el que los creadores de documentos se encuentran y su inevitable participación (su complicidad) en el ejercicio de poder, convierte al llamamiento a la justicia, en el llamamiento más importante de todos”. En el ensayo *The Archive is Politics* (El Archivo es Política), Harris afirma:

El llamamiento a la justicia –que proviene del exterior del “documento”, fuera de cualquier teoría de creación documental o archivística– es un llamamiento más importante que cualquier otro llamamiento archivístico. Aquellos que creen que pueden mantener estos llamamientos separados, quienes creen que pueden separar lo “profesional” de otras esferas, quienes creen que pueden mantenerse profesionalmente imparciales, se mienten a sí mismos y se autocondenan al papel de títere. Y el papel de un títere, incluso en una democracia, está cerrado al llamamiento a la justicia, y al final es profundamente reaccionario.

Harris concluye, “Creo que la justicia, realmente, no se puede conocer”. Esto es “justicia” en el sentido más abstracto.

El libro comprende una colección de ensayos y artículos de prensa que Harris ha publicado desde 1994, dividido en cinco partes. Terry Cook, de Canadá, aporta un prólogo muy útil. Harris, un escritor encantador, introduce brevemente estas cinco partes. Comenta que los ensayos de las primeras tres partes son un “intento” de exponer las razones por las que “el llamamiento a la justicia [es] el llamamiento más importante de todos”, y las tres últimas partes (la tercera parte se encuadra en ambas categorías) son “un intento de considerar este llamamiento en contextos específicos”. La diferencia entre los dos tipos de ensayos, dice, se encuentra “entre hablar sobre el poder o hablar al poder. Para mí, cualquier intento de prestar atención al llamamiento a la justicia trata fundamentalmente sobre hospitalidad”. En el ensayo *Jacques Derrida Unplugged* (Jacques Derrida Desenchufado) Harris explica: “La ética, hablando en plata, es hospitalidad”. El llamamiento a la justicia, escribe, “exige una relación de hospitalidad con el otro”.

Harris acuña y redefine un número de términos archivísticos. El término “documento administrativo,” escribe en el ensayo *A World Whose Horizon Can Only be Justice* (Un mundo cuyo horizonte solo puede ser la Justicia), “es una construcción de realidades que expresan relaciones dominantes de poder... [otorgando privilegios a] ciertas voces y culturas y marginalizando o excluyendo otros”. Entra en más detalles sobre todo esto en *Law, Evidence, and Electronic Records* (Ley, Pruebas y Documentos Electrónicos), escribiendo que, “Sea lo que sea, o lo que pudiera ser, ‘el documento administrativo’ es y será el poseedor de misterio. Y, en su apertura hacia el futuro, el portador (ilimitado) de misterio”. Si

los archiveros no “adoptan, aprecian y cuidan este misterio”, se arriesgan a “convertirse en arcontes, hostiles a la competencia y cómodos en el ejercicio de poder”. Denomina como documento “la narrativa compartida de una colectividad”, mientras que la realización de documentos es “ese reino inmenso y desordenado en el que los llamados convencionalmente creadores de documentos, gestores de documentos, archiveros, usuarios, etc., negocian, impugnan y relatan los significados y significancias de lo que se denomina ‘documento’ ” (ambas definiciones extraídas de *The Record, the Archives, and Electronic Technologies in South Africa* (El Documento, los Archivos y Tecnologías Electrónicas en Sudáfrica). Explica en *A World Whose Horizon Can Only be Justice* que “el trabajo de elaboración de documentos es justicia y resistencia contra la injusticia”, y que “la justicia es la relación para con ‘el otro’, Efectivamente pueden existir relaciones injustas para con otros, pero no en la formulación de Harris. Leer estos ensayos es un poco como leer *Das Kapital* de Karl Marx: tienes que creerte la definición que usa el autor si quieres que el texto tenga sentido.

Harris describe los ensayos en la primera parte, *Discourses* (Discursos), como “discursos particulares sobre los archivos”. Estos cinco ensayos son principalmente un homenaje a Jacques Derrida. Harris es claramente un acólito de Derrida (Terry Cook describe a Harris como “enamorado de Jacques Derrida”), y si el lector no ha tenido una introducción al pensamiento de Derrida, esta parte le resultará especialmente difícil. En el primer ensayo, *Claiming Less, Delivering More* (Reclamando Menos, Dando Más), Harris dice que la realidad es “incognoscible” y “el acontecimiento, el proceso, el original, en su *singularidad*, es irrecuperable, imposible de encontrar”. Cita a Derrida al decir que, “solo la posibilidad de una huella archivística, esa simple *posibilidad*, puede dividir esta singularidad”. Harris expone –y estoy de acuerdo– que el primer reto archivístico es “el aprovisionamiento de una contextualización más rica de la que se conserva”. Sin embargo continúa sosteniendo que los archiveros “necesitan promover la competencia de la memoria social, viéndonos a nosotros mismos, dirigiéndonos a nosotros mismos, no como árbitros, sino como competidores”. Un competidor suele adoptar una postura o un punto de vista, sin embargo, Harris no explica cómo al adoptar una posición el archivero proporciona un contexto más rico.

Uno de los razonamientos centrales de Harris y Derrida es aquel de que los archivos nunca están “cerrados”; el “archivo” es, según escribe Harris en su ensayo *A Shaft of Darkness: Derrida in the Archive* (Un Pozo de Oscuridad: Derrida en el Archivo), “un *trilectic*, un proceso de recuerdo, olvido e imaginación sin duración determinada”. “El poder de seducción del archivo para mí”, escribe, “reside en su baile del recuerdo, olvido e imaginación, una danza que en ultimo caso solo se puede bailar en la oscuridad, una danza que aflojará esas correas arcónticas diseñadas para atar a los archivos y archiveros al trabajo de represión”. “Arcóntico,” descubriremos posteriormente en el ensayo *Law, Evidence, and Electronic*

Records, describe el trabajo de un oficial autorizado para defender la ley (la palabra deriva del magistrado griego “arconte”). Harris expone que el arconte debe ser retado por los “anarcónticos”: “Existe un peligro extremo en una razón que no deja espacio para el misterio, en el arconte que no es retado por el anarcóntico, en una globalización que destruye lo local, lo indígena... en el misterio que no deja espacio a la razón, en el arnés anarcóntico sin arconte, en lo local excluyendo lo global”.

La segunda parte, *Narratives* (Narrativas), contiene cinco ensayos sobre las “esferas del trabajo archivístico”: dos sobre la valoración archivística, dos sobre los documentos electrónicos y uno sobre la descripción archivística. En *Postmodernism and Archival Appraisal: Seven Theses* (Postmodernismo y Valoración Archivística: Siete tesis), Harris explica en una sección denominada *Exergue* (*Exergo*) que “aunque la historia como proceso –el acontecimiento– es en última instancia irrecuperable, e incluso si fuera recuperable no serviría para definir la ‘realidad’ pasada reconstruyendo el pasado –historia como construcción, interpretación– es válida, importante y en ocasiones útil”. Define la valoración de tres formas: como “la actividad por la cual los archiveros identifican los procesos sociales que consideran que merecen la pena recordar y los documentos que fomentarán dicho recuerdo”; “la forma de contar una historia usando sistemas de grabación y los lugares de creación de documentos como la principal materia prima”; y “una fiebre caracterizada por un recuerdo y olvido obsesivo”. Harris dice que “solo los afectados por esa fiebre, o aquellos lo suficientemente estúpidos para no darse cuenta en donde se están metiendo” querrían ser evaluadores.

Harris lacera el famoso “paradigma de conservación de documentos” australiano o el “modelo del *records continuum* (de documentos continuo)”. En *Law, Evidence, and Electronic Records* se queja de que “el paradigma no pone en dificultades sus suposiciones epistemológicas u ontológicas sobre ‘el documento’”. En *Concerned with the Writings of Others* (Preocupado por lo que Otros Escriben, dice que “el peor caso de desidentificación” es definir el modelo *continuum* como una filosofía “postmoderna”: “Es una invitación a formar parte –o una colonización– pensada para hacernos creer que lo que es un tigre salvaje es un gatito doméstico”. Alega que los australianos tienen “aspiraciones imperiales con respecto al modelo *continuum*” y concluye que “un análisis ‘postmoderno’ real querría rasgar el modelo *continuum* y reducirlo a girones”.

En el ensayo *Stories and Names* (Historias y Nombres), Harris indica que lo que él entiende como normas de descripción, como por ejemplo la *Norma Internacional General de Descripción Archivística [ISAD (G)]*, son necesarias para que exista comunicación entre los archiveros y entre los archiveros y los usuarios. Apunta de forma correcta, que la descripción es poder, pero continúa reivindicando que con la normalización “los peligrosos procesos de valorización y silenciamiento son inevitables”. Hace hincapié en una “norma liberadora” de descripción

que proporcione una multitud de caminos dentro de los documentos. Se crearán “agujeros,” escribe, “por los que el poder podrá manar”.

La tercera parte, *Politics and Ethics* (Política y Ética), la cuarta parte, *Pasts and Secrets* (Pasados y Secretos) y la quinta parte con sus artículos periodísticos, titulados aquí *Actualities* (Realidades), son las más interesantes cuando tratan los problemas de los documentos durante un periodo de transición. Crítica duramente al Gobierno de Sudáfrica y los archivos nacionales por haber permitido que algunos documentos fueran destruidos durante la transición del apartheid al régimen actual. Indica que “unos acuerdos negociados durante un periodo prolongado dan al régimen opresor tiempo para destruir documentos y dan lugar a tratos más o menos secretos que despiertan la sensibilidad hacia revelaciones posteriores, lo que, en cambio, causa preocupación sobre el ‘peligro’ de dar a los archivos estatales rienda suelta”. No es por casualidad, dice, “que los opresores son los mejores creadores de documentos” y aquellos “que encomian el valor de la creación de documentos a una buena gobernanza, a la responsabilidad, a la transparencia, etc., etc., probablemente estén debilitando en lugar de promover su causa” (en *The Record, the Archive, and Electronic Technologies in South Africa*). Los archivos nacionales cedieron a Harris a la Comisión para la Verdad y Reconciliación Sudafricana (CVR) y en una serie de ensayos comenta con lucidez su experiencia.

Los ensayos de la segunda mitad del libro son eclécticos, especialmente los artículos periodísticos. Harris reimprime una conversación que mantuvo en el año 2000 con Sello Hatang, otro archivero de los Archivos Nacionales, sobre lo que hay de peculiarmente africano en los archivos o en las conferencias archivísticas. Otros artículos tratan entre otros temas sobre la ley de libertad de información sudafricana, el anterior programa de armamento nuclear, las autorizaciones de seguridad de estado, a Irak, Irlanda y EE. UU.

En estos ensayos y artículos los comentarios de Harris con respecto a su superior o anteriores superiores son mordaces. Por ejemplo, en el año 2000, cuando era subdirector de los Archivos Nacionales, escribió un ensayo titulado *They should have destroyed more* (Deberían haber destruido más), en el que comentaba que el programa de gestión de documentos del Gobierno (en el que Harris trabajó desde 1988 a 1994) solo alcanzaba “con efectividad a una pequeña proporción de despachos gubernamentales” y que el Servicio Estatal de Archivos, como se le llamó entonces, no tuvo antes de los años 90 ningún contacto profesional con los servicios de seguridad: “No nos queda claro si esta derogación de responsabilidad fue el resultado de órdenes de autoridades superiores o fue simplemente el resultado de la directiva de los servicios de seguridad intimidados por esa posición de poder de los dirigentes de los mismos”. En *Contesting Remembering and Forgetting* (Impugnando, Recordando y Olvidando), también del 2000, escribe que expuso una ponencia sobre los archivos de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación en una conferencia en Ciudad del Cabo en la que criticó tanto a la CVR

(por ejemplo comentaba que la información sobre “ciertos procesos de toma de decisiones por parte de la CVR” y “tensiones internas y disputas” no eran más que “celos fuera del dominio público”) como a los Archivos Nacionales (les acusa, por ejemplo, de un “proceso profesional inadecuado” a la hora de grabar el audio y el vídeo y dijo que “estaba probado que el acceso de los Archivos Nacionales presentaba problemas pues muchas investigaciones que informaban de las denegaciones de acceso y de un retraso en los permisos de acceso”). Dice: “hablé en mi condición de individuo” pero “la respuesta de mi superior fue inmediata y perturbadora”, incluyendo una reprimenda, una especie “de mordaza por mis declaraciones públicas”, y una amenaza con “medidas por mala conducta”. Seguramente cualquier subdirector sabe que no se pueden separar las propias opiniones de las de la entidad que dirige. Cuando trabajé en los archivos del Gobierno de EE.UU., se exigía a cualquier profesional que expusiera una ponencia en una conferencia que entregara el borrador antes de la conferencia y en alguna ocasión se me pidió cambiar el lenguaje. La elección que se le presenta a un profesional es si abandonar en caso de no poder soportar el control y Harris al final es lo que hizo. A partir de entonces Harris escribió artículos para periódicos ridiculizando los Archivos Nacionales (por ejemplo, el 22 de septiembre de 2003 en un artículo decía que “los Archivos Nacionales han respondido a una serie de retos archivísticos de la era del apartheid con una combinación enfermiza de incompetencia y parálisis política”). Son artículos tan duros (aunque sin las respuestas de los Archivos Nacionales son difíciles de comprender) que no se reconoce a Harris.

Las narraciones orales y la grabación de acontecimientos orales es otro de los temas recurrentes de Harris, pero parece incapaz de adoptar una posición. Apunta que la tradición oral es fundamental en la historia de África, pero escribe que “las grabaciones de narrativa, el archivo de la oralidad, puede destruir de una forma tan fácil la fluidez, destruir los vínculos contextuales, alienar al hablante de la palabra. Y el intento de dar voz a los sin-voz irónicamente se convierte en un refuerzo de ese silencio” (*Claiming Less, Delivering More*). Harris expone también que en la Sudáfrica del post-apartheid los “archivos establecidos” han intentado captar el conocimiento oral “apresurándose a recoger historias con videocámaras y aparatos de grabación en cinta”. A Harris todo esto no le gusta. Dice que esas grabaciones “no son una expresión de hospitalidad”. En su lugar insta a que los archivos “respeten al otro, y que se comprometan con él con la voluntad de cambiar su propia forma de conocimiento y acción en el proceso” (*A World Whose Horizon Can Only Be Justice*). Sin embargo, no propone un método alternativo ¿para él es mejor no grabar los acontecimientos orales, dando por lo tanto poder al hablante?

Aunque Harris muestra su admiración por algunos archiveros, especialmente Terry Cook “por excelencia entre los gigantes del discurso archivístico actual”, claramente no respeta a la mayoría de los profesionales de la práctica u

organizaciones archivísticas. “La literatura archivística anterior al 1996 tiene que ser uno de los gruesos de trabajo escrito más aburridos imaginable”, Harris escribió en 2005 en el ensayo *Jacques Derrida Unplugged* (por qué 1996 no lo explica). Dice que Hugh Taylor y Terry Cook son excepciones a la tradición literaria aburrida, pero luego dice que Taylor “combina *deconstrucción* y *postmodernismo*, un acto de considerable ingenuidad.” Identifica tres tipos de escritura archivística: trabajos de positivistas que “resisten una teorización de alto nivel” y están “más cómodos con las metodologías y las prácticas” (aquí incluye a los archiveros holandeses Muller, Feith y Fruin y a Michael Cook), una segunda corriente influenciada por el Progresismo, en particular la tradición británica siguiendo a Hilary Jenkinson, y finalmente una corriente postmodernista/postestructuralista/deconstruccionista, en la que encuadra a Taylor, Terry Cook y Harris. La descripción de Harris de los dos primeros incluye un atisbo de superioridad.

Igualmente, aunque Harris es invitado con regularidad a exponer ponencias en reuniones profesionales, parece desdeñar la profesión organizada. Recuerda haber leído a Derrida durante una reunión del CIA, comentando que “las energías del libro arrojan las actas desapasionadas de la reunión a un alivio repugnante” (en *A Shaft of Darkness: Derrida in the Archive*). Se queja de que la rama del Este y Sur de África del CIA no ha “cuestionado y muchos menos impugnado lo que son fundamentos esencialmente occidentales” de la práctica archivística. Aunque Harris denunció la existencia de prácticas corruptas cuando los documentos del Gobierno sudafricano fueron destruidos bajo directrices autorizadas, también cuestiona el código ético de los archiveros. Reclama en el ensayo *A World Whose Horizon Can Only Be Justice* que los “profesionales han empleado códigos de conducta tanto para apoyar como para condenar” a aquellos archiveros que se han visto “envueltos en conflictos con el poder y la autoridad”. Dice que el problema de los códigos éticos es que “evitan los contextos políticos, viéndose ellos mismos reducidos a golpes de suerte más que a guías claras para la acción”.

Finalmente ¿cuál es el consejo para el posible archivero que podría estar leyendo esta compilación de ensayos? Si quieres pasar la tarde con una voz única en el campo de los archivos, deberías leer este libro. Si estás buscando información que te ayude a realizar el trabajo de un archivero en prácticas, entonces no es para ti. No es para utilitarios, y Harris se burlaría si tuviera que escribir un trabajo así. Sin duda es dogmático, provocador y está escrito con gran elegancia.